

secretaría de Estado. La Reina tenía gran empeño en ello, y el Rey no dijo nada. . . . Todos los días le acompañaba al Pardo para tirar un par de tiros. . . . Hasta el mismo Godoy se hubiera conformado, conociendo mi superioridad; y si no, no me habría faltado un castillito dondè encerrarle para que no me diera que hacer.

Pero yo rehusé, prefiriendo vivir tranquilo en mi pueblo, y dejé los negocios públicos en manos de Godoy. Ahí tiene usted un hombre cuyo padre fué mozo de maulas en la dehesa que mi suegro tenía en Extremadura.

—No sabía. . . —dijo Don Alonso.—Aunque hombre obscuro, yo creí que el *Príncipe de la Paz* pertenecía á una familia de hidalgos, de escasa fortuna, pero de buenos principios.

Así continuó el diálogo, el Sr. Malespina soltando unas cosas como templos, y mi amo oyéndolas con santa calma, pareciendo unas veces enfadado y otras complacido de escuchar tanto disparate. Si mal no recuerdo, también dijo Don José María que había aconsejado á Napoleón el atrevido hecho del 18 brumario.

Con estas y otras cosas nos anocheció en Chiclana, y mi amo, que estaba sumamente quebrantado y melido á causa del movimiento del fementido calesín, se quedó en dicho pueblo, mientras los demás siguieron deseosos de llegar á Cádiz en la misma noche.

Mientras cenaron, endilgó Malespina nuevas mentiras, y entonces observé que su hijo las oía con pena, como abochornado de tener por padre al más grande embustero que creó la tierra. Despidiéronse ellos, y nosotros descansamos hasta el día siguiente por la madrugada, hora en que proseguimos nuestro camino; y como éste era mucho más cómodo y expedito desde Chiclana á Cádiz que en el tramo recorrido, llegamos al término de nuestro viaje á eso de las once del día sin novedad en la salud y con el alma alegre.

VIII.

No puedo describir el entusiasmo que despertó en mi alma la vuelta á Cádiz. En cuanto pude disponer de un rato de libertad, después que mi amo quedó instalado en casa de su prima, salí á las calles y corrí por ellas sin dirección fija, embriagado con la atmósfera de mi ciudad querida.

Después de una ausencia tan larga, lo que había visto tantas veces me llamaba la atención como cosa nueva y extremadamente hermosa. En cuantas personas encontraba al paso veía un rostro amigo, y todo era para mí simpático y risueño, los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los perros, hasta las casas, pues mi imaginación juvenil observaba en ello no sé qué de personal y animado; se me representaban como seres sensibles, y me parecía que participaban del general contento por mi llegada, remediando en sus balcones y ventanas las facciones de un semblante alborozado. Mi espíritu veía reflejar en todo lo exterior su propia alegría.

Corría por las calles con gran ansiedad, como si en un minuto quisiera verlas todas. En la plaza de San Juan de Dios compré algunas golosinas, más que por el gusto de comerlas, por la satisfacción de presentarme regenerado ante las vendedoras, á quienes me dirigí como antiguo amigo, reconociendo

á algunas como favorecedoras en mi anterior miseria, y á otras como víctimas, aún no aplacadas, de mi inocente afición al merodeo. Las más no se acordaban de mí, pero algunas me recibieron con injurias, recordando las proezas de mi niñez, y haciendo comentarios tan chistosos sobre mi nuevo empaque y la gravedad de mi persona, que tuve que alejarme á toda prisa, no sin que lastimaran mi decoro algunas cascarras de frutas, lanzadas por experta mano contra mi traje nuevo. Como tenía la conciencia de mi formalidad, estas burlas más bien me causaron orgullo que pena.

Recorrí luego la muralla y conté todos los barcos fondeados á la vista. Hablé con cuantos marineros hallé al paso, diciéndoles que yo también iba á la escuadra, y preguntándoles con tono muy enfático si había recalado la escuadra de Nelson. Después les dije que *Mr. Corneta* era un cobarde, y que la próxima función sería buena.

Llegué por fin á la Caleta y allí mi alegría no tuvo límites. Bajé á la playa, y quitándome los zapatos, salté de peñasco en peñasco; busqué á mis antiguos amigos de ambos sexos, mas no encontré sino muy pocos: unos eran ya hombres y habían abrazado mejor carrera; otros habían sido embarcados por la leva, y los que quedaban apenas me reconocieron. La movable superficie del agua despertaba en mi pecho sensaciones voluptuosas. Sin poder resistir la tentación, y compelido por la misteriosa atracción del mar, cuyo elocuente rumor me ha parecido siempre, no sé por qué, una voz que solicita dulcemente en la bozanza, ó llama con imperiosa cólera en la tempestad, me desnudé á toda prisa y me lancé en él como quien se arroja en los brazos de una persona querida.

Nadé más de una hora, experimentando un placer indecible y vistiéndome luego, seguí mi paseo hacía el barrio de la Viña, en cuyas edificantes tabernas encontré algunos de los más célebres perdidos de mi glorioso tiempo. Hablando con ellos yo me las echaba de hombre de pró, y como tal, gasté en obsequiarles los pocos cuartos que tenía. Preguntéles por mi tío, mas ne me dieron noticia alguna de su señoría; y luego que hubimos charlado un poco, dándome yo mucho todo con

mi nueva posición, me hicieron beber una copa de aguardiente que al punto dió con mi pobre cuerpo en tierra.

Durante el período más fuerte de mi embriaguez, creo que aquellos tunantes se rieron de mí cuanto les dió la gana; pero una vez que me serené un poco, salí avergonzadísimo de la taberna. Aunque andaba muy difícilmente quise pasar por mi antigua casa, y ví en la puerta á una mujer andrajosa que freía sangre y tripas. Conmovido en presencia de mi morada natal, no pude contener el llanto, lo cual, visto por aquella mujer sin entrañas, se le figuró burla ó estratagema para robarle sus frituras. Tuve por tanto que librarme de sus manos con la ligereza de mis pies, dejando para mejor ocasión el desahogo de mis sentimientos.

Quise ver después la catedral vieja, á la cual se refería uno de los más tiernos recuerdos de mi niñez, y entré en ella: su recinto me pareció encantador, y jamás he recorrido las naves de templo alguno con más religiosa veneración. Creo que me dieron fuertes ganas de rezar, y que lo hice en efecto, arrodillándome en el altar donde mi madre había puesto un exvoto por mi salvación. El personaje de cera que yo creía mi perfecto retrato, estaba allí colgado y ocupaba su puesto con la gravedad de las cosas santas; pero se me parecía como un huevo á una castaña. Aquel mamarrachito que simbolizaba la piedad y el amor materno, me infundía, sin embargo, el mayor respeto. Recé un rato de rodillas acordándome de los padecimientos y de la muerte de mi buena madre, que ya gozaba de Dios en el Cielo; pero como mi cabeza no estaba buena á causa de los vapores del maldito aguardiente, al levantarme me caí, y un sacristán empedernido me puso bonitamente en la calle. En pocas zancadas me trasladé á la del Fideo, donde residíamos, y mi amo, al verme entrar, me reprendió por mi larga ausencia. Si aquella falta hubiera sido cometida ante Doña Francisca, no me habría librado de una fuerte paliza; pero mi amo era tolerante, y no me castigaba nunca, quizás porque tenía la conciencia de ser tan niño como yo.

Habíamos ido á residir en casa de la prima de mi amo, la cual era una señora, á quien el lector me permitirá describir con alguna prolijidad, por ser tipo que lo merece.

Dofia Flora de Cisniega era una vieja que se la echaba de joven; tenía más de cincuenta años; pero ponía en práctica todos los artificios imaginables para engañar al mundo aparentando la mitad de aquella cifra aterradora. Decir cuanto inventaba la ciencia y el arte en armónico consorcio para conseguir tal objeto, no es empresa que corresponde á mis escasas fuerzas. Enumerar los rizos, moñas, lazos, trapos, adobos, bermellenes, aguas y demás extraños cuerpos que concurrían á la gran obra de su monumental restauración, fatigaría la más diestra fantasía: quédese esto, pues, para las plumas de los novelistas, si es que la historia, buscadora de las grandes cosas, no se apropia tan hermoso asunto. Respecto á su físico, lo más presente que tengo es el conjunto de su rostro, en que parecían haber puesto su rocicler todos los pinceles de la academia de San Fernando. También recuerdo que al hablar hacía con los labios un mohín, un repliegue, un mimo, cuyo objeto era, ó achicar con gracia la descomunal boca, ó tapar el estrago de la dentadura, de cuyas filas desertaba todos los años un par de dientes; pero aquella supina estratagema de la presunción era tan poco afortunada, que antes la afeaba que la embellecía.

Vestía con lujo, y en su peinado se gastaban los polvos por almudes; y como no tenía malas carnes, á juzgar por lo que pregonaba el ancho escote, y por lo que dejaban transparentar las gasas, todo su empeño consistía en lucir aquellas partes menos sensibles á la injuriosa acción del tiempo, para cuyo objeto tenía un arte verdaderamente maravilloso.

Era Dofia Flora persona muy prendada de las cosas antiguas, muy devota, aunque no con la santa piedad de mi Dofia Francisca, y era en todo el reverso de la medalla de mi ama, pues así como ésta aborrecía las glorias navales, aquella era entusiasta por todos los hombres de guerra en general y por los marinos en particular. Inflamada en un amor nacional, ya que en la madurez de su existencia no podía aspirar al calorillo de otro amor, y orgullosa en extremo como mujer, y como dama española, el sentimiento patrio se asociaba en su espíritu al estampido de los cañones, y creía que la grandeza de los pueblos se medía por libras de pólvora. Como no tenía hijos, ocu-

paban su vida los chismes de vecinos, traídos y llevados en pequeño círculo por dos ó tres cotorrones como ella y se distraía también con su sistemática afición á hablar de las cosas públicas. Entonces no había periódicos, y las ideas políticas, así como las noticias, circulaban de viva voz, desfigurándose entonces más que ahora, porque siempre fué la palabra más mentirosa que la imprenta.

En todas las ciudades grandes, y especialmente en Cádiz, que era entonces la más culta, había muchas personas desocupadas que eran depositarias de las noticias de Madrid y París, y las llevaban y traían diligentes vehículos, enorgulleciéndose con una misión que les daba gran importancia.

Algunos de éstos, á modo de vivientes periódicos, concurrían á casa de aquella señora por las tardes, y esto, además del buen chocolate y mejores bollos, atraía á otros, ansiosos de saber lo que pasaba.

Dofia Flora, ya que no podía inspirar una pasión formal, ni quitarse de encima la gravosa pesadumbre de sus cincuenta años, no hubiera trocado aquel papel por otro alguno, pues el centro general de las noticias casi equivalía en aquella época á la majestad de un trono.

Dofia Flora no podía ver ni pintada á Dofia Francisca, ni ésta á aquélla, como comprenderá quien considere el exaltado militarismo de la una y el pacífico apocamiento de la otra. Por eso hablando con su primo en el día de nuestra llegada, le decía la vieja:

—Si tú hubieras hecho caso siempre de tu mujer, todavía serías guardia marina. ¡Qué carácter! Si yo fuera hombre y casado con mujer semejante, reventaría como una bomba. Has hecho bien en no seguir su consejo y en venir á la escuadra. Todavía eres joven, Alonsito; todavía puedes alcanzar el grado de Brigadier, que tendrías ya de seguro si Paca no te hubiese echado una calza como á los pollos para que no salgan del corral.

Después, como mi amo, impulsado por su gran curiosidad, le preguntase noticias, ella le dijo:

—Lo principal es que todos los marinos de aquí están muy

descontentos del almirante francés, que ha probado su ineptitud en el viaje á la Martinica y en el combate de Finesterre. Tal es su apocamiento y el miedo que tiene á los ingleses, que al entrar aquí la escuadra combinada en Agosto último, no se atrevió á apresar el crucero inglés mandado por Collingwood, y que sólo constaba de tres navíos. Toda nuestra oficialidad está muy mal por verse obligada á servir á las órdenes de semejante hombre. Fué Gravina á Madrid á decirselo á Godoy, previniendo grandes desaires si no se ponía al frente de la escuadra un hombre más apto; pero el Ministro le contestó cualquier cosa, porque no se atreve á resolver nada; y como Bona parte está en Alemania metido con los austriacos, mientras él no decida.... Dicen que éste también está muy descontento de Villeneuve y que ha determinado destituirle; pero entre tanto.... ¡Ah! Si Napoleón confiara el mando de la escuadra á algún español, á tí, por ejemplo, Alonsito, dándote tres ó cuatro grados de mogolón, que á fe bien merecidos los tienes....

—¡Oh!, yo no soy para eso—dijo mi amo con su habitual modestia.

—O á Gravina ó á Churruca, que dicen que es tan buen marino. Si no, me temo que esto va á acabar mal. Aquí no pueden ver á los franceses. Figúrate que cuando llegaron los barcos de Villeneuve carecían de víveres y municiones, y en el arsenal no se las quisieron dar. Acudieron en queja á Madrid; y como Godoy no hace más que lo que quiere el embajador francés, Mr. de Bernonville, dió orden para que se entregara á nuestros aliados cuanto necesitasen. Más ni por esas. El intendente de marina y el comandante de artillería, dicen que no darán nada mientras Villeneuve no lo pague en moneda corriente y sonante.

Eso es: me parece que está muy parlado. ¡Pues no faltaba más sino que esos señores, con sus manos lavadas fueran á llevar lo poco que tenemos! ¡Bonitos están los tiempos! Ahora cuesta todo un ojo de la cara; la fiebre amarilla por un lado y los malos tiempos por otro, han puesto á Andalucía en tal estado, que toda ella no vale una alijofa; y luego añada vd. á esto los desastres de la guerra. Verdad es que el honor nació-

nal es lo primero, y es preciso seguir adelante para vengar los agravios recibidos. No me quiero acordar de lo del cabo de Finesterre, donde por la cobardía de nuestros aliados perdimos el "Firme" y el "Rafael," dos navíos como dos soles, ni de la voladura del "Real Carlos," que fué una traición tal, que ni entre moros berberiscos pasaría igual, ni del robo de las cuatro fragatas, ni del combate del cabo de....

—Lo que es eso—dijo mi amo interrumpiéndola vivamente....—Es preciso que cada cual quede en su lugar. Si el almirante Córdoba hubiera mandado virar por....

—Sí, sí, ya sé—dijo Doña Flora, que había oído muchas veces lo mismo en boca de mi amo.—Es preciso darle la graa paliza, y se la daréis, Me parece que vas á cubrirte de gloria. Así haremos rabiar á Paca.

—Yo no sirvo para el combate—dijo mi amo con tristeza—Vengo tan sólo á presenciario, por pura afición y por el entusiasmo que me inspira nuestras queridas banderas.

Al día siguiente de nuestra llegada recibió mi amo la visita de un brigadier de marina, amigo antiguo, cuya fisonomía no olvidaré jamás, á pesar de no haberle visto más que en aquella ocasión.

Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de semblante hermoso y afable, con tal expresión de tristeza, que era imposible verle sin sentir irresistible inclinación á amarle. No usaba peluca, y sus abundantes cabellos rubios, no martirizados por las tenazas del peluquero para tomar la forma de ala de pichón, se recogían con cierto abandono en una gran coleta, y estaban inuñdadas de polvo con menos arte del que la presunción propia de la época exigía.

Eran grandes y azules sus ojos, su nariz muy fina, de perfecta forma y un poco larga, sin que este le afeara, antes bien parecía ennoblecer su espresivo semblante. Su barba, afeitada con esmero, era algo puntiaguda, aumentando así el conjunto melancólico de su rostro oval, que indicaba más bien delicadeza que energía. Este noble continente era realzado por una urbanidad en los medales, por una grave cortesanía de que vdes. no pueden formar idea por la estirada fatuidad de los señores

del día, ni por la movible elegancia de nuestra dorada juventud. Tenía el cuerpo pequeño, delgado y como enfermizo.

Más que guerrero, aparentaba ser hombre de estudio, y su frente, que sin duda encerraba altas y delicados pensamientos, no parecía la más propia para arrastrar los horrores de una batalla. Su endoble constitución, que sin duda contenía un espíritu privilegiado, parecía destinada á sucumbir conmovida al primer choque. Y sin embargo, según después supe, aquel hombre tenía tanto corazón como inteligencia. Era Churrucá.

El uniforme del héroe demostraba, sin ser viejo ni raído, algunos años de honroso servicio. Después, cuando le oí decir, por cierto sin tono de queja, que el Gobierno le debía nueve paga, me expliqué aquel deterioro. Mi amo le preguntó por su mujer, y de su contestación deduje que se había casado poco antes, por cuya razón le compadecí, pareciéndome muy atroz que se le mandara al combate en tan felices días. Habló luego de su barco, el *San Juan Nepomuceno*, al que mostró igual cariño que á su joven esposa, pues según dijo, él lo había comprado y arreglado á su gusto, por privilegio especial, haciendo de él uno de los mejores barcos de la armada española.

Hablaron luego del tema ordinario en aquellos días de si salía ó no salía la escuadra, y el marino se expresó largamente con estas palabras, cuya substancia guardo en la memoria, y que después con datos y noticias históricas he podido restablecer con la posible exactitud.

—El almirante francés—dijo Churrucá—no sabiendo qué resolución tomar, y deseando hacer algo que ponga en olvido sus errores, se ha mostrado desde que estamos aquí partidario de salir en busca de los ingleses. El 8 de Octubre escribió á Gravina diciéndole que deseaba celebrar á bordo del *Bucentauro* un consejo de guerra para acordar lo que fuera más conveniente. En efecto, Gravina acudió al consejo, llevando al teniente general Alava, á los jefes de su escuadra Escaño y Cisneros, al brigadier Galiano y á mí. De la escuadra francesa estaban los almirantes Dumanoir y Magon y los capitanes de navío Cosmac, Maistral, Villiegris y Prigny.

"Habiendo mostrado Villeneuve el deseo de salir, nos opu-

simos todos los españoles. La discusión fué muy viva y acalorada, y Alcalá Galiano cruzó con el almirante Magon palabras bastante duras, que ocasionarán un lance de honor si antes no les ponemos en paz. Mucho disgustó á Villeneuve nuestra oposición, y también en el calor de la discusión dijo frases descompuertas, á que contestó Gravina del modo más enérgico. Es curioso el empeño de esos señores de hacerse á la mar en busca de un enemigo poderoso, cuando en el combate de Finisterre nos abandonaron, quitándonos la ocasión de vencer si nos auxiliaran á tiempo. Además hay otras razones, que yo expuse en el consejo, y son que la estación avanza, que la posición más ventajosa para nosotros es permanecer en la bahía, obligándoles á un bloqueo que no podrán resistir, mayormente si bloquean también á Tolón y á Cartagena. Es preciso que censemos con dolor la superioridad de la marina inglesa, por la perfección del armamento, por la excelente dotación de sus buques, y, sobre todo, por la unidad con que operan sus escuadras. Nosotros, con gente en gran parte menos diestra, con armamento imperfecto y mandados por un jefe que descontenta á todos, podríamos, sin embargo, hacer la guerra á la defensiva dentro de la bahía. Pero será preciso obedecer, conforme á la ciega sumisión de la Corte de Madrid, y poner barcos y marineros á merced de los planes de Bonaparte, que no nos ha dado en cambio de esta esclavitud un jefe digno de tantos sacrificios. Saldremos, si se empeña Villeneuve; pero si los resultados son desastrosos, quedará consignada para descargo nuestra oposición que hemos hecho al insensato proyecto del jefe de la escuadra combinada. Villeneuve se ha entregado á la desesperación; su amo le ha dicho cosas muy duras, y la noticia de que va á ser elevado lo induce á cometer las mayores locuras, esperando reconquistar en un día su perdida reputación por la victoria ó por la muerte.

Así se expresó el amigo de mi amo. Sus palabras hicieron en mí grande impresión, pues con ser niño, yo prestaba gran interés á aquellos sucesos, y después leyendo en la historia lo mismo de que fui testigo, he auxiliado mi memoria con datos auténticos y puedo narrar con bastante exactitud.

Cuando Churruca se marchó, Doña Flora y mi amo hicieron de él grandes elogios, encamiando sobre todo su expedición á la América Meridional, para hacer el mapa de aquellos mares. Según les oí decir, los méritos de Churruca como sabio y como marino eran tantos, que el mismo Napoleón le hizo un precioso regalo y le colmó de atenciones. Pero dejamos al marino y volvamos á Doña Flora.

A los dos días de estar allí note un fenómeno que me disgustó sobre manera, y fué que la prima de mi amo comenzó á prendarse de mí, es decir, que me encontró pintiparado para ser su paje. No cesaba de hacerme toda clase de caricias, y al saber que yo también iba á la escuadra, se lamentó de ello, jurando que sería una lástima que perdiese un brazo, pierna ó alguna otra parte menos importante de mi persona, si no perdía la vida. Aquella antipatriótica compasión me indignó, y aun creo que dije algunas palabras para expresar que estaba inflamado en guerrero ardor. Mis baladronadas hicieron gracia á la vieja, y me dió mil golosinas para quitarme el mal humor.

Al día siguiente me obligó á limpiar la jaula de su loro, discreto animal, que hablaba como un teólogo y nos despertaba á todos por la mañana, gritando *perro inglés, perro inglés*, y luego me llevó consigo á miss, haciéndome cargar la banqueta, y en la iglesia no cesaba de volver la cabeza para ver si estaba por allí. Después me hizo asistir á su tocador, ante cuya operación me quedé espantado, viendo el catafalco de rizos y moños que el peluquero armó en su cabeza.

Advirtiéndome el indiscreto estupor con que yo contemplaba la habilidad del maestro, verdadero arquitecto de las cabezas, doña Flora se rió mucho, y me dijo que en vez de pensar en ir á la escuadra, debía quedarme con ella para ser su paje; añadió que debía aprender á peinarla, y con el oficio de maestro peluquero podía ganarme la vida y ser un verdadero personaje. No me sedujeron tales proposiciones, y le dije con cierta rudeza que más quería ser soldado que peluquero. Esto le agradó, y como le daba el peine por las cosas patrióticas y militares, redobló su afecto hacia mí. A pesar de que allí se me trataba con mimo, confieso que me cargaba á mas no poder la tal Doña Flo-

ra, y que á sus almibaras las finezas prefería los ru los pecezones de mi iracunda Doña Francisca.

Era natural: su intempestivo cariño, sus dengues, la insistencia con que solicitaba mi compañía, haciendo que le encantaba mi conversación y persona, me impedía seguir á mi amo en sus visitas á bordo. Le acompañaba en tan dulce ocupación un criado de su prima, en tanto yo, sin libertad para correr por Cádiz como hubiera deseado, me aburría en la casa, en compañía del loro de Doña Flora, y de los señores que iban allá por las tardes á decir si saldría ó no la escuadra y otras cosas menos manoseadas, si bien más frívolas.

Mi disgusto llegó á la desesperación cuando ví que Marcial venía á casa, y que con él iba mi amo á bordo, aunque no para embarcarse definitivamente; y cuando esto ocurría, y cuando mi alma atribulada acariciaba aún una débil esperanza de formar parte de aquella expedición, Doña Flora se empeño en llevarme á pasear á la alameda y también al Cármén á rezar vísporas.

Esto me era insoportable, tanto más cuanto que yo soñaba con poner en ejecución cierto atrevido proyectillo, que consistía en ir á visitar por cuenta propia uno de los navíos, llevado por algún marinero conocido, que esperaba encontrar en el muelle. Salí con la vieja, y al pasar por la muralla deteníame para ver los barcos, mas no me era posible entregarme á las delicias de aquel espectáculo, porque era preciso contestar á la mil preguntas de Doña Flora, que ya me tenía mareado. Durante el paseo se le unieron algunos jóvenes y señores mayores. Parecían muy encopetados, y eran las personas á la moda en Cádiz todos muy discretos y elegantes. Alguno de ellos era poeta, ó mejor dicho, todos hacían versos aunque malos, y me parece que les oí hablar de cierta academia en que se reunían para tirotarse con sus estrofas, entretenimiento que no hacía daño á nadie.

Como yo observaba todo, me fijé en la extraña figura de aquellos hombres, en sus afeminados gestos, y sobre todo en sus trajes, que me parecieron extravagantísimos.

No es en muchas las personas que vestían de aquella mane-

ra en Cádiz, y pensando después en la diferencia que había entre aquellos arreos y los ordinarios de la gente que yo había visto siempre, comprendí que consistía en que éstos vestían á la española, y los amigos de Doña Flora conforme á la moda de Madrid y París. Lo primero que atrajo mis miradas, fué sus bastones, que eran unos garrotos retorcidos y con gruesísimos nudos. No se les veía la barba, porque la tapaba la corbata, especie de chal que, dando varias vueltas alrededor del cuello y prolongándose ante los labios, formaba una especie de cesta, una bandeja ó más bien hacia en que descansaba la cara. El peinado consistía en un artificioso desorden, y más que con peine, parecía que se lo habían aderezado con una escoba; las puntas del sombrero les tocaban los hombros; las casacas, altísimas de talle, casi barrían el suelo con sus faldones; las botas terminaban en punta, de los bolsillos de su chaleco pandían multitud de dije y sellos; sus calzones listados se ataban á la rodilla con un enorme lazo; y para que tales figuras fueran completos mamarrachos, todos llevaban una lente, que durante la conversación acercaban repetidas veces al ojo derecho, cerrando el siniestro, aunque en entrambos tuvieran muy buena vista.

La conversación de aquellos personajes versó sobre la salida de la escuadra, alternando con este asunto la relación de no sé que baile ó fiesta que ponderaron mucho, siendo uno de ellos objeto de grandes alabanzas por lo bien que hacía trenzas con sus ligeras piernas, bailando la gavota.

Después de haber charlado mucho, entraron con Doña Flora en la iglesia del Carmen, y allí sacando cada cual su rosario, rezaron que se las pelaban un buen espacio de tiempo, y alguno de ellos me aplicó lindamente un coscorrón en la coronilla, porque en vez de orar devotamente como ellos, prestaba demasiada atención á dos moseas que revoloteaban alrededor del rizo calminante del peinado de Doña Flora. Salimos, después de haber oído un enojoso sermón, que ellos celebraron como obra maestra; pasamos de nuevo; continuó la charla más vivamente, porque se nos unieron unas damas vestidas por el mismo estilo, y entre todos se armó tan ruidosa algazara de ga-

lanterías, fraces y sutilezas, mezcladas con algún verso insulso, que no puedo recordarlas.

¡Y en tanto Marcia y mi querido amo trataban de fijar día y hora para trasladarse definitivamente á bordo! ¡Y yo estaba expuesto á quedarme en tierra, sujeto á los antojos de aquella vieja que me empalagaba con su insulso carifio! ¡Creerán ustedes que aquella noche insistí en que debía quedarme para siempre á su servicio? ¡Creerán ustedes que aseguré que me quería mucho, y me dió como prueba algunos afectuosos abrazos y besos, ordenándome que no le dijera á nadie! ¡Horribles contradicciones de la vida! pensaba yo al considerar cuán feliz habría sido, si mi amita me hubiera tratado de aquella manera!

Yo, turbado hasta lo sumo, le dije que quería ir á la escuadra, y que cuando volviese me podría querer á su antojo; pero que si no me dejaba realizar mi deseo, la aborrecería tanto así, y extendí los brazos para expresar una cantidad muy grande de aborrecimiento. Luego, como entrase inesperadamente mi amo, yo, juzgando llegada la ocasión de lograr mi objeto por medio de un arranque oratorio, que había cuidado de preparar, me arrodillé delante de él, diciéndole en tono más patético, que si no me llevaba á bordo me arrojaría desesperado al mar.

Mi amo se rió de la ocurrencia; su prima, haciendo mimos con la boca, fingió cierta hilaridad que le afeaba el rostro amojamado, y consentió al fin. Dióme mil golosinas para que comiese á bordo, me encargó que huyese de los sitios de peligro, y no dijo una palabra más contraria á mi embarque, que se verificó á la mañana siguiente muy temprano.